

# Leandro N. Alem en el Senado Nacional sobre la crisis de 1890

1891

Leandro Nicéforo Alem

### Fuente

*Natalio Botana y Ezequiel Gallo, De la República posible a la República verdadera (1880 – 1910). Biblioteca del Pensamiento Argentino, Tomo III, Documentos, página 172.*

---

[...] Voy a abreviar cuanto me sea posible y voy a tratar también de salir de esta cuestión escabrosa de la política.

Se ha dicho, con razón, que hay un malestar en el país, y se ha agregado que la revolución está en todas partes.

Ciertamente, hay un gran malestar en el país, y la revolución está en todas partes; lo que falta averiguar es la causa de este malestar y quiénes son verdaderamente los revolucionarios.

Para mí, los revolucionarios son los que conculcan las leyes, los que tratan de subvertir nuestro sistema, los que avasallan las libertades públicas y los que ponen, por consiguiente, al país en una situación anormal e inconstitucional, que tiene que producir necesariamente este estado de inquietudes y de agitaciones, este malestar que se siente.

Los que combatimos el sistema que aún impera, no somos propiamente los revolucionarios; somos los conservadores: de nuestra revolución puede decirse lo que decía Macaulay de la revolución inglesa, comparándola con la francesa.

La Revolución francesa conmovió la sociedad entera y llevaba completamente una innovación profunda en el orden político, en el orden social y en el orden económico; la revolución inglesa no hacía otra cosa que defenderse de las usurpaciones, del despotismo de la Corona; esto es, buscaba el restablecimiento de sus libertades y de sus instituciones; buscaba la situación normal de que la había arrancado Carlos II con sus obcecaciones, con los malos consejos que había recibido, con todas las usurpaciones que había hecho en el Parlamento.

Es posible que cuando no hay el franco ejercicio del derecho al desenvolvimiento normal de las actividades individuales y colectivas, cuando las garantías que la Constitución acuerda, cuando el derecho más sagrado, base de nuestro sistema republicano, que lo es el derecho del sufragio, cuando todo está desconocido y avasallado, ¿es posible que haya bienestar en el país, es posible obtener la paz que se busca? No se obtendrá la paz verdadera, no se obtendrá la paz benéfica y fructífera, que es la que procede de una situación normal, del ejercicio franco del derecho; podrá obtenerse el quietismo obligado, podrá obtenerse el silencio sombrío, el silencio y la paz de las tumbas.

Y por eso es, señor presidente, que se siente este malestar, por eso es que todos esos gobernantes, como he dicho antes, en guerra abierta contra el pueblo, están, como los criminales, viendo a cada paso y a cada momento y en todas partes, la sombra del agente de justicia. Por eso sueñan con conspiraciones y con grandes complots; por eso inventan tantas fábulas, y por eso comunican al Ejecutivo Nacional tantas patrañas.

Soy revolucionario –debo confesarlo con franqueza–, soy revolucionario en el alto concepto de la palabra; no hago profesión de la Revolución –sé

perfectamente que es un recurso extremo y un derecho supremo de los pueblos—; es la ley natural: *Lex non inscripta, lex nata est*, como decía Cicerón. Es la defensa legítima que se hace por los pueblos como se hace por los individuos; y este derecho está reconocido por todos los constitucionalistas, porque cuando un poder extralimita sus funciones, cuando quiebra por su base el sistema político que rige los pueblos, sistema que ellos se han dado para garantía de sus derechos y de sus libertades, ese poder ha perdido su autoridad, ha salido de la fuente de la ley, y por consiguiente, se ha colocado en las condiciones de un verdadero agresor. He ahí un hecho innegable. El partido popular es el partido más poderoso, es la única fuerza organizada que existe en toda la República. No hay, señor presidente, a su frente otra organización política en tales condiciones; no hay tal partido gubernista.

¿Dónde están, si no, sus centros? ¿Dónde están esas manifestaciones poderosas de la opinión? En ninguna parte las veo.

¡Cuánto tiempo y cuánto trabajo se está empleando para restablecer, o mejor dicho, para elaborar tal vez, permítaseme la frase, para fabricar *ad hoc* un partido especial, con propósitos políticos determinados!

El partido popular es el único que existe en toda la República. ¿Y por qué el partido popular hasta ahora ha podido desenvolverse libremente? ¿Por qué el partido popular no ha podido en ninguno de sus actos electorales triunfar en ningún Estado de la República?

¿Habría sido por cobardía de los pueblos? ¿Habría sido por negligencia o por abandono? Estamos observando lo que pasa día a día y a nadie se le ocurre eso. Está luchando brazo a brazo; pero es, señor presidente, que está luchando con el inmenso poder de la Nación.

El señor senador por Santa Fe quería hacerme un cargo, diciendo que yo disculpaba al pueblo de Mendoza por no haber tenido la altivez y la energía necesarias para resistir a doscientos hombres de línea. No eran doscientos hombres de línea los que había en Mendoza; no eran cincuenta hombres de línea los que había en Catamarca; no eran doscientos hombres de línea los que había en Córdoba; no eran veinte hombres de línea los que había en tal otra provincia. Es que, tras esos doscientos hombres de línea, estaba todo el Ejército de la Nación; es que estaba toda la autoridad de la Nación contra ese partido, y cuando el pueblo sabe y tiene conciencia plena de que doscientos hombres de línea están a disposición del Gobernador que quiere ganar una elección y formar una Legislatura, o que quiere dejar a un sucesor en su puesto, es inútil, señor presidente, exigirle que vaya a un sacrificio estéril, porque si en el primer momento logra avasallar esas fuerzas más o menos débiles por su número, sabe que, inmediatamente, la autoridad nacional comprometida, e irreflexivamente comprometida, irá sobre ellos y los anonadará completamente.

Pero hoy aconseja el patriotismo, se decía, aceptar esta situación, aunque sea de hecho, y es prudente y patriótica la conducta del Ejecutivo Nacional distribuyendo las armas de la nación por todas partes para sostener a esos agentes que, como he dicho antes, están en guerra abierta contra el pueblo. El hecho, la fuerza, para de ahí sacar los resultados que convengan a políticas determinadas.

Yo no entiendo el patriotismo de esa manera; no creo que transando con situaciones de esa naturaleza, transando con los que conculcan las leyes, transando con la inmoralidad política, pueda nunca resultar un bien para el país.

Eso puede convenir y ser la política de los hombres hábiles, de los hombres prácticos que suelen llamarse hombres de Estado y que yo podría decir que son los pescadores de río revuelto.

Siempre aparecen, en situaciones como la que atravesamos esos hombres prácticos, esos políticos sabios, aceptando los hechos consumados, aceptando las situaciones establecidas, no importa cuál sea su origen, no importa cuáles sean los principios que estén comprometidos.

[...] Yo sostengo y sostendré siempre la política de los principios: caiga o no caiga, nunca transaré con el hecho, nunca transaré con la fuerza, nunca transaré con la inmoralidad, nunca transaré con los conculcadores de las instituciones y de las libertades públicas. Nunca esperaré el desenlace de ciertas situaciones para entrar en ellas; he de luchar siempre como fuerte y como bueno, sean cuales fueren los resultados, porque para mí la idea moral es la única que puede regenerar la sociedad.

Sí, estoy de acuerdo con el señor senador por Santa Fe: este pueblo estaba en una gran postración; había indudablemente elementos para el incondicionalismo, incondicionalismo que no ha sido de éste ni del otro año, sino que ha venido germinando desde la administración que nació en 1880, que fue la que inició todos estos ataques a nuestras instituciones, y todos los ataques a la moral política y a la moral administrativa, administración de la cual alguna vez formó parte el señor senador por Santa Fe. Sí; este pueblo estaba preparado, yo lo he dicho en una ocasión solemne, para la opresión; la corrupción estaba en todas partes y la peor de las corrupciones, porque descendía desde las altas esferas gubernamentales y penetraba y se infiltraba por así decirlo, en todas las clases sociales: esa funesta corrupción que todo lo desconcierta y aniquila, que lacera todos los corazones, que destempla todos los caracteres, que gangrena todas las inteligencias; esa corrupción funesta que deja a los hombres sin ninguna noción de lo justo, de lo honesto, de lo lícito, y que, haciendo del interés personal y de los goces materiales el único objetivo de la vida, arrastra a los pueblos como cadáveres al pie de todas las ambiciones y de todas las tiranías.

Para atacar este mal vinieron el movimiento reaccionario del 13 de abril y el revolucionario del 26 de julio, íntimamente ligados, porque, dígame lo que se quiera, la revolución de julio no es más que el producto del movimiento popular del 13 de abril, en el frontón de Buenos Aires.

Estoy conforme con el señor senador en que una vez que se haya despertado la opinión pública y se haya producido esta resurrección del espíritu cívico, debemos alentarlo de todas maneras; pero debemos hacerlo, no con la propaganda y las doctrinas de él, sino con la doctrina nuestra, para que se mantenga firme en el sostenimiento de sus derechos, fustigando y reprobando a los que conculcan las leyes, persiguiendo a todos los degenerados y prevaricadores, a todos aquellos, en fin, que de cualquier modo puedan minar nuestras instituciones y labrar el descrédito de la Nación ante la consideración de propios y extraños. Sí, señor presidente, es preciso educar a los pueblos, y para ello lo que hace más falta, indudablemente, es el carácter en las clases dirigentes, en aquellos que nos creemos capaces de dirigir a los pueblos, y encaminarlos al bien. ¿Qué vale la inteligencia sin el carácter? Nada. Y de lo que se resentía en ciertos momentos el pueblo de la República era precisamente de eso, del destemple de los caracteres.

En este pueblo privilegiado de la inteligencia y del valor, en este pueblo en el que se puede ver en cada oficial de nuestro Ejército la tela y la talla para un héroe en el campo de batalla, en cada estudiante de nuestras aulas las reverberaciones de un poderoso talento, había, sin embargo, falta de caracteres.

El carácter es una fuerza, el carácter es la verdadera potencialidad de la personalidad humana; la inteligencia no es más que la claridad, no es más que la luz: es un foco que vierte la claridad, repito, pero que por sí solo no levanta ni siquiera una mata de hierba. La máquina a vapor no alumbraba pero va, arrastra, vence todos los obstáculos, avasalla todos los inconvenientes: ése es el carácter.

Todos los reformadores, todos los jefes de religiones, todos los jefes de sectas, como bien lo ha dicho el señor senador por Santa Fe, han descollado y se han colocado en esa condición no tanto por su talento sino por su carácter: Moisés, Jesús, Mahoma, Buda, no han sido, señor presidente, grandes inteligencias: han sido grandes caracteres.